

Agustina Bessa-Luís

Embajada a Calígula

TRADUCCIÓN DE MARTÍN LÓPEZ-VEGA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

*Embaixada a Calígula*  
Guimarães Editores 2009

Primera edición: marzo de 2023

© Mónica Baldaque, 1961  
© de la traducción del texto, Martín López-Vega  
© Imagen de la cubierta, cedida por el Archivo Regional  
de la Comunidad de Madrid.  
(Fondo Nicolás Muller. Código de referencia: ES 28079 ARCM  
176.176.0064.1.0119637/000)

Edición © La Umbría y la Solana, 2022  
c/ Pez Austral, 11  
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es  
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela  
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado  
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-126248-2-3  
Depósito legal: M-6918-2023

Impresión: Calprint Digital  
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Obra publicada con apoyo de Camoes I.P y de la DGLAB/Cultura - PORTUGAL.  
Obra publicada com o apoio do Camões I.P. e da DGLAB/Cultura - PORTUGAL.

*Cuando alguien escribe acerca de los acontecimientos de su propia vida, es regla de delicadeza no decir nunca la verdad, sino reservársela para uno mismo y permitir solo que se refleje desde diversos ángulos.*

Kierkegaard

Nuestra época no es propicia a los relatos de viajes, por banal que nos parezca cambiar de lugar a la velocidad del sonido y cruzar fronteras con los ojos cerrados, llevando con nosotros un mapa casi sin usar y unas gafas de cristales verdes. Pero si cambiar de lugar es algo cada vez más posible en condiciones cada día más fáciles, viajar, propiamente dicho, se va volviendo raro. ¿Qué es viajar? Uno comienza por temer el conflicto con su propia rutina y con eso ya adquiere la atmósfera moral de un viaje. Después va cediendo a la curiosidad, al dulce pastoreo de su alma por los campos desconocidos; y ya penetra la sensación de un país que hasta ese momento le era oculto y estaba desposeído de todo cuanto no fuese simple geografía.

El viaje es la intimidad del fastidio. Todo lo que no preferimos en cualesquiera otras circunstancias de inalterabilidad prolongada (un paisaje, las criaturas, un acontecimiento) se nos ofrece para que lo tomemos con ese amor espontáneo que no se puede evitar porque vive de la sorpresa en que se comprometió. Mucha gente cambia de lugar, pasa de un continente a otro, retiene en la memoria hechos sobrevenidos en diversas latitudes. Pero el viaje, con su misterio y su intimidad con la consciencia, con sus alegrías que nacen inexplicablemente de un golpe de viento en la polvareda sobre un puente, de una sensación de vida

aislada y profunda cuando atravesamos una tierra extranjera, ¡ah, ese viaje pocos pueden experimentarlo!

Por los caminos de Castilla los campos tienen un terciopelo más adorable que el mismo cielo. Hay grandes retazos de tierras de un rubio verdoso, otros son rubicundos como espuma de *champagne*. Una cierta gravedad parece planear sobre esas regiones planas, sobre sus aldeas arcillosas y a ras de suelo, siempre dominadas por el campanario sobre el que se derrama un nido de cigüeñas. Castelo Mendo es así. La sotana negra de un cura de aire epigramático está inmóvil en medio de un campo; el trigo lo oculta hasta las rodillas y él extiende su perfil agudo con algo de irónico y palaciego, como quienes no sufren el sentimiento de una clase. Una adolescente, robusta, con trenzas sobre el pecho y pantalones amarillos, contempla la carretera con esa melancolía de vacaciones que no se parece a ninguna otra, que es el idilio con la propia frustración y un noviciado para la edad adulta. La tarde decae, Salamanca aparece, hecha de barro pálido, con las calles devoradas por las hermosas casas que la luz vieja y dulce ennoblece aún más. Y al final del día en la plaza Mayor hay un movimiento insólito, excitado; las muchachas, con sus vestidos estampados, chillones, cortísimos, pasan en bandadas con esa provocación de raza que nada tiene que ver con los hábitos. Son soberbias y románticas, se exhiben con un atrevimiento en el que no hay trazas de impudor, sino más bien una sensibilidad inmoral y primitiva. Ese vocerío de mujeres jóvenes en una tarde de verano bajo las arcadas de la plaza Mayor es algo que produce alegría y un ánimo inexplicable. ¿Qué es España para nosotros, vecinos de un litoral que está en nuestra sangre más que cualquier otro parentesco fronterizo? El mar es el

tema de nuestra epopeya, el alma del portugués es visionaria del mar, incluso cuando se encuentra prisionero en tierra, incluso cuando se esconde de su propio impulso. Pero ¿qué significa España para nosotros? ¿Qué lazos nos señala la Historia que elegimos como preferidos o inútiles? ¿Qué animosidades subsisten y qué afectos le consentimos más que a cualquier otra raza o nación? El portugués es, como nacionalista, desconfiado; como patriota es cumplidor, pero sin ilusiones; como hombre es al mismo tiempo fraterno y hostil, y por eso ha sobrevivido como pueblo. España es un caso aparte en la conciencia del portugués, que vive evadiéndose de sus propias convicciones, que tiene como paisaje excesivo el mar; España ata al portugués a su península, ella es la tierra con su obstinación, su mística tan alta como profana, su cándido «hay que vivir». Para nosotros, sentados entre las cuatro fachadas de la plaza Mayor, viendo cómo la crema de los helados resbala entre los dedos de las muchachas vestidas de morado, España se revela como un monumento del ser, sin que por eso dejemos de convenir que ignoramos la materia y la forma de ese monumento. Para un portugués no es poca cosa el cruzar fronteras. Si el mar le es familiar y si embarca en los lugres como antaño lo hiciera en las carabelas, no es por aventura y golpe de la imaginación, sino porque prolongar un hábito como ese que tiene del mar le parece no una exploración de la necesidad, sino la expansión de una rutina. Pero cruzar la línea que separa un país de otro le produce un amargo sentimiento de funámbulo, y no se presta a ello con naturalidad. Solo los pueblos fútiles dan muestras de imaginación, y eso no va con el español ni tampoco con el portugués. Así y todo, no consideremos las costumbres parcas y sedentarias, ni

el limitado gusto por las sutilezas, una prueba exclusiva de mala imaginación. Existe también un tipo de imaginación de combate que resulta no del esmero, sino de la precisión. La civilización se prolonga en esa línea finísima del esmero; pero un pueblo, un hombre se cumplen en ese rigor que es la verdadera imaginación.

¿No fueron también los españoles allende los mares, no llegaron las carabelas de Isabel a bahías desconocidas, no se le puede considerar también un pueblo navegante? En parte, así es; pero lo que en uno es espíritu de fidelidad al propio océano, culto de una prueba exigida por la fantasía melancólica de mucho tiempo, en el otro es ardor de nuevos imperios y la determinación de descubrirlos. Ni en uno ni en otro hay un sentido administrador, no hay un cálculo imperialista aliado a un juicio económico, como ocurriera con Gran Bretaña. El español se hizo al mar con sus corceles como si pisase tierra sólida; el portugués considera el mar como su más magnífica conquista. En uno y en otro existe una imaginación que el lenguaje no traducirá nunca, que las artes no pueden expresar; es la imaginación de un destino, más que de su encuentro con la vida.

En San Pedro del Arroyo hay un ventero con esa cara de San Pedro tímida y fría que es frecuente en el castellano de modesta condición. Es ya crepuscular, de un largo crepúsculo de verano, esta luz más pacífica que da a los rostros un perfil muy nítido y los hace destacar como madera lijada, sin perspectiva. Hay mucha gente que pasea por la carretera como por una alameda, las tenderas venden tabletas de almendra que envuelven en grueso papel parduzco; la bola de papel se pega, y las almendras tienen un sabor a franela antes de que les descubramos el sabor tostado y

dulce. El paisaje es espiritual y seguro. Se siente la tierra lisa sin más protección que el elevado campanario junto a la iglesia sólida, casi elegante, en el centro de aldeas que se confunden entre muros calcinados. La pobreza es noble, nunca miserable; e incluso los hábitos de los más necesitados poseen un nivel en que el hombre está sobre todo presente, exigiendo y extendiendo la mano de hierro. Los rebaños negros se mueven por la dehesa, se ve el Tormes con sus orillas de barro perfumadas de orégano. El estrépito de las ranas se escucha claramente en el agua profunda, bajo el puente; las lavanderas recogen las ropas, marchan de las orillas perseguidas por las parejas de militares que vagan delatando encuentros, aventuras breves en los campos arenosos del Tormes. Es casi de noche, y en los márgenes de la carretera los campos lilas, rosáceos, amarillos, se cierran lentamente en la sombra.

Ávila, amurallada en un altiplano, se nos aparece fresca con su cintura de piedra del siglo XI y su estatura bien elevada sobre el mar. Es una ciudad plácida y silenciosa, los niños juegan junto a la muralla, hay siempre un padre que hace rodar por el paseo el carrito de un niño que muestra una expresión benevolente y adulta. Hay nueve puertas que, de noche, con la precaria iluminación, nos dan una impresión oriental, pues el desvaído dibujo de barrio avistado más allá de un arco solemne de piedra nos hace pensar en los viejos cromos de La Meca y de Jerusalén. El burro arábigo se pasea continuamente por las calles, mordisquea distraído las hierbas de la calle de la Vida y de la Muerte, o se nos aparece detenido a la puerta de la Ermita de la Cabeza. Es un burro acentuadamente morisco, con el vientre peludo y una impasibilidad delicada. Cargó esa piedra al azar que

durante nueve años los cautivos acumularon alrededor de Ávila, y, con sus anteojerías de cuero, pasó por las casas palaciegas de los Guzmán y de los Dávila, haciendo sonar las piedras diríamos que casi armoniosamente.

La Santa, o tiene ese aire extasiado que el barroco explora siempre, o es beata y de semblante almibarado, conforme a su queja dirigida al fraile que la pintó. Hay poco de Santa Teresa en Ávila. Las basílicas con sus sepulcros de mártires, las capillas, las mansiones de los grandes del Perú con sus patios musulmanes donde penetra una claridad de aurora; la catedral con sus puertas labradas de apóstoles y de obispos y de leones; las calles donde a todo momento surgen capiteles, escudos y relieves con su historia funesta o dominante; las herrerías lamidas por el tiempo, los relojes de sol, de cara rasa y blanca; la propia escalera por la que la Santa cayó, empujada por el diablo; las reliquias, la capilla donde sus restos reposaron... nada posee su misterio ni la fluidez de su genio.

Se diría que, cuando un día se sacudió de los pies el polvo de Ávila, se despidió también de la posibilidad de perpetuarse en ella. Ávila se nos aparece llena de motivos a los que en vano desea prenderse nuestra curiosidad. Infanta viejísima de Castilla, tiene poco poder de seducción, como no sea en las razones que el turismo ha banalizado y que componen lo pintoresco. Pero no tiene en la sombra de sus callejuelas (llenas, con todo, de una plasticidad inalterable) eso que se llama cualidad comunicable, ya sea de tragedia o de simple confesión. Es muda y carente de espíritu la ciudad donde la Santa fundó su orden, el Convento de San José, con la ayuda de unos dineros de las Indias enviados por un hermano suyo. Allí escuchó las prédicas que la po-

nían una y otra vez a los pies del patíbulo, allí divagó junto a las *Morales* de San Gregorio, que fue anotando, allí escribió cartas a jocosas y piadosas damas que eran semejantes a aquella a la que envidió por su gran casa sin reparar en las penas y miserias que un alto estado hace confluír con el alma. Allí sufrió malicias y se reconfortó con visiones, o de las visiones extrajo los ejemplos más pertinaces y las más hermosas páginas de su vida. Allí conoció el infierno «donde no hay luz, sino tinieblas oscurísimas. Y no se entiende como puede ser eso, que sin haber luz todo cuanto hay a la vista debe dar pena, todo se ve». Allí conoció el luto y el desprecio de quienes profesan la fe cautelosa que conduce al fanatismo (la fe con que suelen los hombres hacer vibrar su propia sangre, esa fe que es razón de débiles y no es verdad de humildes. Razón de débiles y verdad de humildes se confunden muchas veces, y son cosas distintas). De esa Teresa de Ahumada, trotamundos y poeta, no nos habla la ciudad. La Santa enmudeció con el rechazo por el peso de sus trabajos del alma, y hoy vemos, sí, una imagen de plata atravesada por resplandores y un rostro arrobado en el lado derecho de un altar. En otro lugar están el avellano que plantó, la pila donde fue bautizada. Pero Ávila permanece muda, con una tristeza resignada y algo mezquina, provinciana, en sus plazas, en las casas de comidas donde se ofrecen esos peces de río que tienen fama de no corromperse.

El hotel era como una estación por la que corrían pasajeros apresurados, personificados en la muchacha que recibe los pasaportes con el aire tímido y reservado que tanto notamos en el provinciano de Castilla la Vieja. Todo tiene un aspecto descuidado, un halo de mejores días aún presente en la grandeza burguesa de la escalera de piedra que en

tiempos cubriera un tapiz. En la estufa está escrito a lápiz, muy tenue, sobre la tinta de esmalte: «¿Te acordarás de mí, Paulina, cuando me vaya?». «Si me echas agua, te capo...». Es una historia breve, de una pareja joven, una pequeña aventura, de esas que dejan un escalofrío de nostalgia, más que de recuerdo. Pienso en los cabellos de la mujer sobre la almohada, en sus uñas pintadas y metálicas, en el vestido de grandes flores escarlata posado sobre una silla; un cinturón salvaje cae sobre el brazo. Ella salta del lecho, vocifera y bromea, abre la ventana, salpica con el agua; él escribe, vuelto contra la pared, mientras los árboles del patio despiertan a los gorriones, excitados por el calor de un nuevo día. Pero no se puede ver lo que él escribió bajo esas palabras mudas y llenas de una vaga sonrisa preocupada, como la mudez y la sonrisa de la ciudad de Ávila.

Quizás Paulina esté en el bar americano, al lado, donde, con la circunspección graciosa y el aire de bohemia de familia que tienen los burgueses de España cuando salen a la calle, beben *Coca-Cola* y horchata los jóvenes de Ávila. No, Paulina no está allí. No es esa que parece moler una contrariedad virginal junto a su madre con aire recriminatorio, ni aquella otra que entra de la mano de su novio y se sube al alto taburete del bar. Paulina era forastera, y su estudiante venía de Salamanca con una rima de libros en el rincón de la maleta y el cuello raído; se encontraron en un vagón, entre la algarada de dos vecinas que se peleaban por un sitio y que acababan por intercambiar meriendas de tortilla y de chorizo. También ellos aceptaron un bocadillo y ambos miraron por la ventana los campos aterciopelados por la mies que comenzaba a caer. Sentían esa emoción, ese nerviosismo deslumbrado que es descubrir en común un